



Diferentes aspectos, en el Congreso, de la toma de posesión de la Presidencia de la República del Dr. Calderón Guardia

Censura de Películas

POR EL TRIBUNAL DE CENSURA CINEMATOGRAFICA DE ACCION CATOLICA

CLASE A. — 1ª SECCION. — BUENAS.

La carga de los valientes; Cien hombres y una muchacha; Cuarenta y cinco papás; Dos bobos en Oxford; Gulliver en el país de los enanos; Kilómetro 111; Los soldados mancan.

CLASE A. — 2ª SECCION PARA PERSONAS DE CRITERIO BIEN FORMADO.

Amenaza; La araña negra; Caballero sin espada; Corazones que cantan; Cuatro esposas; Diablo con faldas; Divorcio en Montevideo; Espionaje en acción; El haragán de la familia; Héroes olvidados; El Indio Gerónimo; Isla de perdición; Paraíso inesperado; Profesor al micrófono; La torre de Londres; Los tres diablillos.

CLASE B. — ESCABROSAS.

Caballo a caballo; La casa del ogro; La esclava blanca; La ley que olvidaron; El misterio de los brillantes; La modelo y la estrella; Mujeres; Mujeres y toros; Papacito lindo; Reno; La venganza del ahorcado; La vuelta de Rocha.

—o—

Todo católico tiene la obligación de informarse sobre la moralidad de los espectáculos a que concurre. Consulte las listas de censura cinematográfica antes de ir al cine: a ello lo obligan su religión y su conciencia.

De lunes a viernes, entre 1 y 4 de la tarde, pregunte al teléfono 2353 por la película que desee y se le atenderá gustosamente.

Higiene

1º HIGIENE GENERAL.—Levántate temprano, acuéstate temprano y ocúpate durante el día.

2º HIGIENE RESPIRATORIA. — El agua y el pan alimentan el cuerpo. El aire y el sol son indispensables para la salud.

3º HIGIENE GASTROINTESTINAL.—La sobriedad y la frugalidad son el mejor elixir de la vida.

4º HIGIENE DE LA PIEL.—La limpieza preserva de la carcoma. Las máquinas más limpias son las de mayor duración.

5º HIGIENE DEL SUEÑO.—Bastante descanso repara y fortifica. Demasiado, debilita.

6º HIGIENE DEL VESTIDO.—Ves-

tirse bien consiste en conservar el cuerpo con la libertad de sus movimientos y el calor necesario.

7º HIGIENE DE LA HABITACION.—La casa limpia hace el hogar agradable.

8º HIGIENE INTELECTUAL.—El espíritu reposa en las distracciones y entretenimientos, pero el abuso engendra la pasión y la pasión el vicio.

9º HIGIENE MORAL.—La alegría hace amar la vida y el amor a la vida es el cincuenta por ciento de la salud. La tristeza y el abatimiento adelantan la vejez.

10º HIGIENE PROFESIONAL. — Te ganas la vida con la labor de tus brazos? No olvides de cultivar tu inteligencia.

Betina de Holst Hijos

Acaba de recibir flecos y borlas plateados y dorados, panas para mantos en gran variedad de colores. Brocado para casullas, flores para altares de Iglesia, encajes para albas, galones dorados, plateados y de seda. Encajes de lino, lino para manteles de Iglesia, batista de lino.

ESTA RECIBIENDO NOVEDADES DEL EXTERIOR

R 454nc
C.R.
DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS
Apartado 1239
Teléfono 3707

OFICINA mi casa de
habitación

BARRIO: La California
Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO VIII

San José. C. R., 19 de Mayo de 1940

No. 422

Bodas de Oro del hogar Hütt-Chaverri

11 de Mayo de 1940

Hace cincuenta años don Augusto Hütt Gerlinhaus y doña Rosa Chaverri de Hütt recibieron la bendición de Dios para unir sus vidas por medio del Santo Sacramento del Matrimonio, se prometieron fidelidad, amarse siempre y a Dios le ofrecieron su buena voluntad para hacer de su hogar un santuario donde crecerían los hijos que ese buen Dios quisiera enviarles.

Cincuenta años de vida conyugal es medio siglo de acompañarse sin desmayos, desafiando todas las tempestades, luchas y amarguras de la vida, enfrentándose con valor para sobrellevar todos los dolores, todas las pruebas y también gozar de las alegrías que todo hogar cristiano recibe.

Sobrellevarse, complementarse, consolarse, y asidos de la mano, uno junto al otro, amándose con sinceridad, respetándose, emprender el camino de la vida y llegar después de cincuenta años, estrechamente unidos, rodeados de seis hijos varones y cuatro mujeres, la mayoría de ellos han formado un hogar donde la alegría de los nietos llega a dar juventud a sus queridos abuelos, es una dicha que muy pocos la tienen.

Y todos los que estamos poseídos de lo que es la santidad del matrimonio, de lo que vale en estos tiempos en que reina la superficialidad y no se toma en serio ni aún la misma santidad del matrimonio, decimos, en estos tiempos es muy hermoso celebrar las BODAS DE ORO.

Como primicia este santo hogar ofreció

una hija al Señor, hoy es Hermana de la Caridad de San Vicente de Paúl; dichosos padres que tienen la mayor de las dichas, la de tener una Hija Consagrada cuyas oraciones y sacrificios llegarán a los pies del Altísimo para implorar muchas bendiciones para sus buenos padres y hermanos.

Todos los católicos debemos regocijarnos por este triunfo de una de las más santas instituciones, la del Santo Sacramento del Matrimonio y debemos pedir mucho a Dios para que poco a poco vaya sintiéndose horror por el matrimonio civil y no se mire con indiferencia ese proceder de quienes nacieron en nuestra Santa Religión y debieron respetarla y amarla como Cristo amó a su Iglesia. Más aún, dolerse de todo corazón por ese estado de pecado a que reduce el matrimonio civil a los que se unen por él. Dolerse de la gran ofensa a Dios que día a día cometen los que se unen de esa manera. Pedir mucho por ellos, para que se arrepientan del mal ejemplo que dan y para que piensen en lo mucho que sentirá el Corazón Amoroso de Jesús sus procederes.

Roguemos también que Dios bendiga esos hogares que se sienten felices al celebrar sus Bodas de Oro y bendiga también a sus hijos.

Nuestras más sinceras felicitaciones para don Augusto Hütt y para nuestra buena amiga doña Rosa, para sus apreciables hijos e hijas por tan grande beneficio que han recibido de Dios.

DIA VIII

Las vías fáciles del amor divino por la devoción al Sagrado Corazón, según Santa Gertrudis

El Corazón de Jesús lo ha dispuesto todo en el libro de Santa Gertrudis, para atraernos suavemente a sí por la vía fácil del amor: "Cuando este libro quedó terminado, Jesús se manifestó a Santa Gertrudis y estrechándola contra su Corazón, le dijo: *"Estrecho este libro contra mi corazón para penetrar todas sus letras de la dulzura de mi amor, y quiero que en cada página se manifieste la imagen de mi tan gratuita bondad"*.

Otra vez como la redactora de este libro, al acercarse a la comunión, le llevase escondido bajo la capa para ofrecerlo al Señor en eterna alabanza, en el momento de prosternarse ante el cuerpo de Jesucristo, una de sus compañeras vió al Salvador que, por el exceso de su maravillosa bondad, ve-

nía El mismo al encuentro de la Hermana así prosternada, y la abrazaba tiernamente, diciéndole: Sí, quiero que todas las palabras de este libro que me ofreces o más bien, que mi propio Espíritu ha dictado, estén llenas de la fecundidad de mi amor. Quien quiera que venga a mí con un corazón contrito y humillado y quiera allí leer por el amor de mi amor, yo le haré reposar sobre mi Corazón y le mostraré, como con el dedo, los sitios que le son propios y ventajosos.

El libro de Santa Gertrudis viene, pues, del Corazón de Jesús, y nos lleva a El por una vía toda dulzura, de bondad y de amor.

REFLEXIONES. — "Es una de las maravillas de la espiritualidad de Santa Gertrudis, el hacer fácil, y accesible a todos,

APROVECHE

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

BANCO DE COSTA RICA

más que nadie la santificación del alma y la más alta perfección. Con ella, parece que es asunto de toda hora, de toda circunstancia, estar unido a Dios, asociarse a sus obras, a los méritos más elevados y a las más gloriosas recompensas". (Traducción de los Padres Benedictinos. Pref. XXXIII).

Comentemos este pensamiento de los sabios editores de Santa Gertrudis; no es, como se ve, más que el desarrollo del título de este capítulo.

La espiritualidad de Santa Gertrudis puede resolverse en estos tres medios: EL DESEO, LA UNIÓN Y EL ABANDONO; *el deseo de la gloria de Dios; la unión con Jesús, con su Pasión, con su Corazón y con sus Santos; el abandono a la voluntad de Dios y de su Providencia.* Ahora bien, ¿hay algo más fácil para toda alma de buena voluntad? ¿Hay algo más consolador, más atractivo que dé más aliento? Aquí no se trata de grandes mortificaciones ni de prácticas largas o difíciles, ni de virtudes extraordinarias y sublimes: Gertrudis casi no habla de esto. Ella recibe estas tres disposiciones de deseo, de unión, y de abandono, del Corazón de Jesús y las lleva a todas partes. He aquí, al parecer, todo su secreto para amar a Dios, para avanzar en el amor, para ser consumada en el amor. ¡Ojalá nuestra buena Santa nos ayudase a comprender bien su secreto, sobre todo, a servirnos bien de él en la práctica, para que avancemos, en su compañía, en estas vías fáciles del amor divino y lleguemos, como ella al término que únicamente debemos desear! Sería para nosotros, en nuestro pequeño trabajo, un gran consuelo si estas reflexiones sencillas ayudasen a alguna alma, aunque fuese una sola, a encontrar su camino, este camino de verdad que debemos escoger, camino de dilatación que nuestro corazón tiene necesidad de encontrar para avanzar a grandes pasos en el amor divino.

Veamos, desde luego, cuán fácil, y al mismo tiempo seguro, es este camino. El deseo puede responder más particularmente a la oración; la unión, a la acción y el abandono, al sufrimiento, aunque estas disposiciones son necesarias, en parte a estas tres

clases de obras para asegurarles todo su valor. Hemos ya hablado de los deseos en la oración, de estas almas de deseos que todo obtienen; como Daniel que, por sus deseos, obtuvo la libertad de su pueblo; como María que, por sus deseos hizo descender al Salvador sobre la tierra. Pues bien, ¿habrá nada más fácil que ejercitarse en esta oración de deseos, apropiándose los deseos del Corazón de Jesús, con la ayuda de Santa Gertrudis, sirviéndose de los libros de esta Santa? Allí el deseo se encuentra expresado bajo todas las formas más piadosas y variadas; el deseo de la alabanza, el deseo del amor, el deseo del celo; el deseo universal, el deseo perpetuo, el deseo de todos extendiéndose a todo. Por consiguiente, una sola de estas formas tan diversas "puede ofrecer materia para meditar, para rogar, para sostener el alma por largo tiempo, por todo un período de la vida". (Trad. Pref. XXXIII). Que lo prueben, por ejemplo, haciéndose familiares las fórmulas tan bellas y abundantes del libro intitulado: Oraciones de Santa Gertrudis; el alma que a esto se aplique algún tiempo llegará a ser necesariamente un alma de deseos como Santa Gertrudis y sus deseos la pondrán en vías de gran santificación.

Como medio para santificar nuestras acciones, Santa Gertrudis nos propone especialmente la unión: la unión con los méritos de Jesús, con los Santos, y con nuestros hermanos. Hemos visto ya qué precio puede dar a nuestras obras la unión con el Corazón de Jesús.

La Unión con LOS SANTOS, nos hace propios sus méritos, en virtud de este principio: "la caridad hace suyo lo que pertenece al prójimo". Y esta apropiación es más o menos perfecta según sea nuestra unión más o menos íntima con estos gloriosos amigos, que nada desean tanto como comunicarnos sus méritos y abrirnos sus tesoros. En fin, la unión con nuestros hermanos aquí abajo nos permite apropiarnos sus buenas obras, en virtud del principio de la comunión de los Santos. Y los teólogos reconocen que esta participación de los méritos de nuestros hermanos es proporcionada

al grado de unión que tengamos con ellos, según el orden de la caridad, o a causa de un afecto espiritual particular.

En tercer lugar, en los sufrimientos, el abandono, que sin embargo es preciso no separar del deseo y de la unión, parece ser la disposición más fácil y al mismo tiempo, la más perfecta. Es el FIAT VOLUNTAS TUA DEL PATER NOSTER y de la agonía de Jesús. Por medio del *Fiat* del *Pater*, me abandono enteramente a la voluntad de Dios, para que se cumpla en mí perfectamente: pero "la voluntad de Dios es nuestra santificación"; "esto es lo que más conduce a la santificación. Repitiendo el *Fiat* del Corazón de Jesús en la agonía, me abandono sin reserva a los designios de su Padre celestial para la Redención del mundo. Ahora bien, el designio de Dios es que todos los hombres se salven; coopero pues tan perfec-

tamente como es posible, a la salvación de las almas; llevo a ser, tan perfectamente como es posible, el corredor del mundo con el divino salvador. Todo parece pues, poder reducirse al abandono.

Si abordamos la cuestión del sufrimiento voluntario, de la mortificación voluntaria ¿no podemos asociarle también al abandono, en el sentido de que se reduce a practicar las mortificaciones que la voluntad de Dios me señalará por el atractivo de su gracia o la intervención de la obediencia? ¿No es ésta, además, una práctica muy dulce, puesto que no avanzo más que por el atractivo de la gracia; muy santa, puesto que no busco más que el cumplimiento de la voluntad de Dios en mí; muy segura, puesto que me guío en todo por la regla de la obediencia?

El deber de los católicos frente al Cine

Las películas nocivas, sin advertirlo el espectador, familiarizan al público con actitudes y costumbres paganas y despiertan curiosidades y andanzas enfermizas, visiones nocivas del hombre desenfrenado en sus sensualismos, en sus inclinaciones torpes.

Hemos formulado anteriormente algunas consideraciones sobre los espectáculos cinematográficos, ante los cuales nos preocupamos los católicos, sin asumir frente a ellos la actitud colectiva pertinente.

Sobre el tema se ha de insistir porfiadamente. Sólo así se logrará algún día reducir el número de las películas inconvenientes que se exhiben en el país, o se conseguirá, por lo menos, que las proscriban de

sus distracciones las personas de ideas cristianas o que simplemente sepan responder, por elevación moral, a las instancias de una moral superior.

Hay que despertar a los imperativos del deber, y aceptar la sabia censura que la Iglesia ejerce sobre los espectáculos de sus hijos, no por imposición antojadiza o dictatorial, sino en testimonio de amor, por su salud moral, por la integralidad de su acer-

SOLO

Jabón SAN LUIS

con su espuma menuda y PERSISTENTE, le dará a Ud.

BUEN RENDIMIENTO

EN EL LAVADO
DE SU ROPA

INDUSTRIAL SOAP Co.

Agustín Castro & Cía.

bo espiritual. Si se le dice al hijo de la Iglesia, leal y dócil: esto es inconveniente, esto no es recomendable, no es por cercenar la libertad individual ni por atentar contra ninguna autoridad del hogar. Se prohíben o se señala la peligrosidad de muchas diversiones y espectáculos, porque se quiere la salud de las almas que, para todo buen cristiano tiene que ser más importante que la salud física. Se le veda al cristiano, lo que tarde o temprano, sin advertirlo, le dañará quizá irreparablemente. Esa es la censura de los libros, de las lecturas y de las películas con que pretendemos distraernos; una censura efectiva y saludable.

Sin ahondar, por lo general, en la reflexión y sin examinar la conciencia, se suele decir: nosotros, por nuestra mayoría de edad, por nuestro criterio, por nuestra experiencia, bien sabemos lo que debemos ver y lo que debemos rechazar cuando advirtamos que nos hace daño.

¡Profundo error! ¡La Iglesia sabe más que nosotros y persigue nuestro bien y nuestra salud espiritual, mucho mejor que nosotros mismos!

Eso de que, lo de esta o aquella cinta, por ejemplo, no produce mella en el alma, para las frivolidades o para la culpa, es un engaño. El cine, sin advertirlo familiariza a sus espectadores con actitudes y costumbres paganas y despierta en los niños curiosidades y andanzas enfermizas, visiones nocivas del hombre desenfrenado en sus ambiciones, en sus sensualismos, en sus torpes y torcidas inclinaciones. La propia alma de muchos y la de sus niños, puede ser envenenada por su propia desatención. Es la pura verdad.

Examínese cada uno de los cristianos concurrentes al cine sin trabas, con honda sinceridad, y verá que el concepto austero de su propia vida y de la de los demás, no es hoy el de ayer, ante la fascinación del mundo pagano que pasa, insinuante y jovial, a nuestra vista cada vez más tolerante, aunando los instintos sobre la austeridad y la razón.

Esto o aquello, muchas veces no puede afirmarse que sea el sí mismo real o total-

mente malo, pero puede preparar el camino para lo malo. La Iglesia, sabiamente nos denuncia su peligrosidad. Y, como a madre buena, que desea con más ardor que nosotros mismos, nuestro bien, debemos obedecerla, en la seguridad de que siguiendo sus orientaciones, no sufrirá quebrantos nuestra dignidad moral.

Esto es lo que muchos no ven y tienen sin embargo, que verlo, si quieren ser hijos fieles de la Iglesia. De otro modo serán miembros claudicantes o desertores de la sociedad espiritual por la que alcanzaremos la felicidad total y no la felicidad menguada que el mundo nos brinda con los mitos de la riqueza y el placer.

Es preciso entenderlo así de una vez por todas, y por nosotros y por nuestros hermanos, hemos de empeñarnos en realizar y sostener una valiente ofensiva contra el mal cine, en defensa de principios morales, fuera de los cuales, lo sociedad se anarquiza y se envilece.

La Iglesia, por sus autoridades máximas, nos ha marcado rumbos al respecto. Oigamos su voz y difundámosla en el círculo de nuestras relaciones, en vez de oponerle reparos y desatenderla en muchas ocasiones. El mal cine, persiste en las salas principales, por la indiferencia de las familias católicas, que pagan a precio de oro, no pocas veces, el tóxico de sus distracciones.

Hay que despertar a la realidad de la acción, y la victoria nos sonreirá, alegrándonos de veras el alma. Basta con pensar en que no podemos dejar de practicar el bien todas las veces que tengamos la oportunidad de hacerlo. El bien, está aquí, en alejar a las gentes del cine pernicioso o del cine inconveniente. Tenemos que difundir la voz de la Iglesia, en tal sentido. Nuestro consejo, nuestra propaganda, nuestra palabra ha de retraer al público de las exhibiciones cinematográficas peligrosas: ayudando así al sacerdote que, desde el púlpito, adoctrina al pueblo en la verdad, y a la prensa católica que recoge el eco pontificio o episcopal para ofrecerlo, en términos prácticos, al cumplimiento social. Así y sólo así ganaremos la batalla para el bien moral de la comunidad.

Bien entendido que al consejo se ha de unir el ejemplo porque si las palabras mueven, el ejemplo arrastra, según la conocida y vieja afirmación. ¡Que no se pueda decir por ahí que tal o cual dama o familia católica, o que por lo menos se dicen o se tienen por católicas, concurren a los espectáculos sospechosos o huérfanos de moral, para prevenirse de los cuales están las clasificaciones de la prensa propia. La campaña en

marcha tiene que robustecerse por la unidad, por la universalidad de la proscripción que hagan las familias católicas, en sus espectáculos, de las películas inconvenientes. Una proscripción notoria y sostenida para el público y para la empresa. Y a ello se llegará fácilmente, si nos disponemos todos a pensar bien y a mantener sin claudicaciones el buen propósito.



Santo Tomás de Aquino

Santo Tomás, hijo del conde de Aquino y de Teodora de Nápoles, fue confiado desde la edad de 5 años a los monjes benedictinos de Monte Casino.

Adolescente resolvió, a pesar de la fuerte oposición de los suyos, entrar en la Orden de Santo Domingo de la que es el máspreciado ornamento.

En circunstancias que pusieron a prueba la solidez de su virtud, salió victorioso de una tentación impura. *El cielo* premió su valor otorgándole, desde ese momento el

señalado privilegio de verse exento para siempre del agujijón de la carne.

Su inteligencia privilegiada trabajó en las más intrincadas cuestiones, resolvió los más arduos problemas de la ciencia humana y divina con tan magistral acierto, que aún hoy sus trabajos son fuente inagotable de orientación y de luz.

La Iglesia le ha dado el título de "Doctor Angélico" no sólo por su pureza sino también por su inteligencia.

León XIII lo declaró patrono de todas las escuelas católicas.



En el Gólgota

*A doña Sara Casal v. de Quirós,
afectuosamente.*

*Sobre un violento oleaje de sayones
se eleva, como un mástil, una cruz,
que sostiene la vela hecha jirones
del cuerpo macilento de Jesús.*

*Longino levantó, frente a la cruz,
su lanza negra, que rasgó el costado,
blanco y rojo del Dios crucificado,
que le bañó los ojos con su luz.*

*se ha dispersado ya, porque en el cielo
látigos de oro, temerosa, viera.*

*El Gólgota ha quedado silencioso,
y el mundo va a expresar su inmenso duelo
por la muerte del Mártir Poderoso.*

Víctor Manuel Arroyo Soto.

¡Ha muerto el Redentor!, la turba fiera

Alajuela, Viernes Santo de 1940.

No olvide conseguir nuevos suscritores para
LA REVISTA COSTARRICENSE

NOVELA

que él sufriera un momento de locura... Sí, era eso evidentemente. Un pequeño golpe de calor al cerebro... Puede ser que haya habido un poco de coquetería de parte de Orietta.

—Ese hombre— dijo la joven con una nobleza mezclada de indignación — había escondido bien su juego, pues nada había podido hacerme suponer sus intenciones respecto a mí.

—En todo caso, parecía que tú habías dado esperanzas al capitán Finley — dijo Faustina.

—¡Yo! ¡Yo! ¿Qué pretende con esa mentira?

—Yo no sé de dónde viene ese rumor. Pero ha corrido aquí y lo han supuesto más, para explicar tu desaparición. Así, se llegó a decir que habías ido a reunirte con él.

“Dios mío, como soy castigada por haber creído a ese miserable”, pensó Orietta. Todas las consecuencias de su dolorosa aventura se presentaban a ella poco a poco.

Los huéspedes de lord Shesbury, y éste mismo, habían creído en una deshonrosa locura. Y ese deshonor iba a caer sobre ella desde que ella había vivido cinco días bajo el techo de Barford, junto al cual había huído.

Era esto, sin duda, lo que vendría a decirle lord Shesbury al mismo tiempo que anunciarle la ruptura de su noviazgo, ya consumado por él en Rocken-Manor después que ella había aceptado casarse con Humphrey y reemplazado por el anillo de su madre, aquel que Walter había pasado a su dedo.

El magnífico zafiro había quedado en Rockden-Manor en el mueble en que lo había arrojado Orietta, esperando a que ella pudiera devolverlo a lord Shesbury. En cuanto al anillo de Humphrey, una vez que

se encontró en su departamento de Falsdone-Hall, lo había arrojado con horror al fondo de un cajón.

¡Qué no haría ella para librarse de la pesada carga de su error que aún pesaba sobre ella!

El debía venir. Ese Walter orgulloso, irritado justamente, debía estar vengativo. En eso, el odioso Barford podía no haber mentido... Y respecto a lo otro, ¿hasta qué punto habrá calumniado? La muerte de Apsara... Ella misma había caído un instante en esa horrible suposición... Y en la trágica aventura de la princesa hindú, ¿qué parte de verdad había?

El golpe dado en la puerta del salón por lord Shesbury sorprendió a Orietta en sus angustiosos pensamientos. A pesar de la discreción de éste, ella se estremeció y su voz tembló diciendo:

—Entrad.

El vino hasta el asiento en donde estaba ella y se detuvo.

—¿Estáis algo aliviada de las emociones de esta mañana? — preguntó él con acento frío, siempre.

—No... aún no... Hará falta mucho tiempo. Pues, ¿no pensáis, milord, que en estos cinco días yo he vivido en la angustia, en el tormento de la horrible duda? ¿No pensáis que yo no haya cedido sin lucha a la demanda de ese hombre?...

Una llamarada iluminó su fisonomía. Fijó una dura mirada en el rostro de Walter, altanero, impasible. En los ojos de claridad centelleante, ella no encontraba la caricia amorosa, la llama ardiente que la había frecuentemente deslumbrado.

—Ante todo, establezcamos bien un detalle — dijo lord Shesbury con tono neto y glacial. — Yo os creo incapaz de mentir, Orietta. Así no os hago el insulto de

dudar que hayáis sabido conservar toda vuestra fiereza con respecto a Barford.

Luego continuó con tono más seco aún

—Si yo no estuviera seguro de ello, usted no estaría aquí. En cuanto a vuestras angustias, a vuestras luchas morales, ¿qué pueden ellas importarme? Yo no veo más que el hecho seco, brutal: usted se fué de mi casa, usted, mi novia, para refugiarse junto a ese hombre y cuatro días después de la muerte de su mujer. Usted le prometió ser su esposa. De todo esto ignoro las razones. ¿Por qué, ante todo, me habéis huído?

“¿Por qué? ¡Dios mío! ¡Cómo decirse-lo!”

Por otra parte, él tenía derecho de pedir la explicación de tan extraña conducta...

—Mr. Barford, en muchas ocasiones, había ensayado prevenirme contra vos. El día subsiguiente de la fiesta lo hizo de una manera más precisa, dándome una cita en el kiosco de la reja del Ciervo para darme más amplios pormenores... Justamente usted me había herido, me había inquietado. Esto no era la primera vez y yo tuve en ciertos momentos algún temor de vuestra naturaleza.

—Yo creía haber procedido noblemente, con el propósito de daros confianza en mí — dijo Walter con tono hiriente.

Una claridad iluminó brevemente sus ojos y continuó, dulcificando un poco la voz:

—¿Hacéis alusión, sin duda, a... a mi vivacidad cuando desgarré ese tul que me disgustaba?

—A eso y a otras circunstancias... Yo temí vuestro espíritu de dominación... Yo temí...

Hizo un esfurezo para continuar, enrojeciendo más aún, bajo la mirada de Walter que se había tornado dura otra vez.

—...Sí, yo temí que fuerais incapaz de tener por mí el afecto que yo deseaba, porque... yo pensaba que usted había amado a esa hindú, y... aún conservo el recuerdo de ella.

—Ah, ¿usted sentía celos de Apsara?

No había de qué. ¡Yo os lo aseguro! — Y un desdén irónico sonó en el acento de Walter.

Orietta continuó:

—Barford, que había adivinado mi inquietud os mostró a mí, bajo el más espantoso aspecto. Llegó a decirme... que.. Apsara no había fallecido de muerte natural.

—Es exacto.

—¿Exacto?

Orietta se enderezó, mirando a lord Shesbury con súbito espanto.

—Apsara se mató.

—Ella... Pero, entonces... ¿No fué usted?

—¿Qué? ¡Ese ser inmundo ha osado acusarme!

Los ojos de Walter brillaron de golpe bajo el influjo de la indignación.

—Sí...

—¿Y usted lo creyó?

—¡Perdonadme, Walter!... Pero yo os había visto... tan extrañablemente cambiado cuando yo había aparecido delante de vos con esos velos negros... yo no sabía qué pensar... Algo en mí se sublevaba contra tal acusación...

Ella bajó los ojos, temblando bajó la mirada cargada de orgullosa cólera.

—Sí... Pero usted había creído al menos — dijo Walter. — Yo comprendo, en efecto, que usted huyera de un personaje así, como era pintado por ese miserable. Entonces “ese buen Barford” no se ha limitado a esa sola acusación. ¿No me ha presentado a usted como un habitual verdugo de mujeres?... ¿Cómo una especie de Barba Azul? ¿Sembrando a su paso cadáveres, al menos los corazones de las infotunadas que me amaron?

Ella inclinó afirmativamente la cabeza. Las palabras se estrangulaban en su apretada garganta.

—¿Os dió datos precisos al respecto?

—Me ha hablado de una reina hindú.

—¿A quién había, entonces, matado?

—Me dijo también que usted se había arreglado para hacerla condenar por los

indúes fanáticos cuando dejó de amarla.

—¡Ah! ¡Muy bien! y yo no os pregunto si habéis creído esto, naturalmente. No se podía dudar de la palabra de Humphrey Barford. Más valía, sin ningún examen, abandonar aquí al hombre al cual os ligaba una promesa... Dejarlo aquí sin explicación alguna, como el último de los canallas.. ¡Sin ocuparse del insulto gratuito que le hacíais!...

Una violencia contenida vibraba en la voz de Walter, iluminaba su mirada una llama inquietante...

—...¡Un insulto que un hombre como yo recibe sin buscar una reparación, Orietta! Yo os había asegurado mi amor; usted no tenía derecho a dudar de mí sin pruebas formales.

—Y bien, sea, reconozco que me he equivocado — gritó Orietta.

El tono, el aire de lord Shesbury, su actitud de altanero desdén, comenzaba a despertar en ella una orgullosa rebelión.

—...Equivocada hasta cierto punto. Pues yo os conocía bien poco, después de todo. Además, os he visto tan poco fraternal para Rosa... ¿Y no sería natural que yo estuviese inquieta, preocupada respecto a esta mujer que rodeabais de misterio? ¿Respeto a todo aquello que yo no conocía de vuestra vida? — Orietta se serenó un poco y luego prosiguió:

—Podéis reprocharme el haber accedido demasiado fácilmente a las sugerencias de Mr. Barford, pero no olvidéis que este hombre pasaba hasta entonces por el más estimable del mundo. Dudar de su palabra no se le habría ocurrido a nadie.

—¡No, más valía dudar de mí! — dijo Walter con sorda burla. — Pero si usted hubiera realmente amado, Orietta, habría notado que las acusaciones de Barford no se apoyaban en ninguna prueba.

¿Si ella le había amado? ¿Qué era, pues, entonces, ese desgarramiento que había sufrido en Rockden-Manor, y que sentía aún? Pero ella no lo confesaría a este hombre

orgullosa que trataba de abrumarla con sus reproches despiadados.

—¡Lo repito, que me he equivocado en esto! — dijo Orietta y en la inexperiencia de la juventud he cedido a una locura en la que yo he sido la principal víctima. No me queda más, rogándoos me perdonéis, que dejar esta casa y retirarme junto a los benedictinos como os he rogado esta mañana.

—En verdad creés que no os queda más que ese camino? ¿Olvidáis que si habéis tratado ligeramente vuestra promesa, yo no he roto mi compromiso? Como os decía hace un momento, me habéis hecho un insulto grave huyendo de mí para refugiarnos en Rockden-Manor; otro aceptando casaros con Barford siendo aún mi novia... Otro más aún — y el peor — creyendo las calumnias de ese miserable. De todo esto me debéis reparación. ¿Y qué otra podréis darme que el matrimonio? Si rehusáis casaros conmigo, me obligaréis a pensar que me tenéis aún por el hombre sin honor de que Barford os ha hecho el retrato.

Os equivocaría en este caso. No, ciertamente. ¡Yo no tengo más dudas respecto a esto!

—¿Entonces, supongo, estamos de acuerdo?

—Menos en lo del matrimonio... ¡No!

Orietta se levantó con violento movimiento. Su vista, sombría, cargada de cólera y de desafío, se detuvo sobre la fisonomía altanera de Walter, encontrando una mirada de fría dominación.

—¡Yo no quiero casarme con usted, lord Shesbury!... Porque yo siento que usted me odia mortalmente... Que usted no olvidará jamás...

—Eso me será difícil, en efecto. En cuanto a quererla, yo no lo niego ahora. Pero moralmente usted es libre de rehusar. Hay para usted una cuestión de honor. Me debéis una reparación por la injuria que me habéis hecho. Y esta reparación yo la exijo.

—¡La exigís! — dijo Orietta, temblando de rebeldía.

Lord Shesbury se levantó entonces. En sus ojos se veía el mismo orgullo de desafío.

—Sí, yo lo exijo. Y no persigo en esto sólo un provecho personal, lo hago al mismo tiempo en vuestro interés. Pues no olvidés que me habéis puesto en una situación embarazosa. Por vuestra curiosidad, vuestra inconsecuencia, habéis puesto en peligro vuestra reputación, a tal punto que si yo no me caso con usted, se terminará por considerar que yo os he reconocido culpable. No quiero que la mujer elegida por mí para ser mi compañera sea así injustamente deshonrada. Esta razón puede agregarse a las otras que os he dado antes para legitimar mi voluntad, de ver consumada nuestra unión.

Cada una de las palabras pronunciadas por lord Shesbury penetraron como un puñal acerado en el alma de Orietta.

La humillación, la angustia, la rebelión brillaban en esta alma joven y ardiente, que un poco de indulgencia, un poco de bondad, un perdón generoso habrían tan fácilmente conquistado.

—¡Yo no quiero vuestra piedad, lord Shesbury!

Erguida, los ojos llenos de fuego, todo el cuerpo temblando, Orietta debió en ese momento evocar en el espíritu de Walter la niñita de otros tiempos de indómitas cóleras.

—...Yo sabré soportar las murmuraciones del mundo — continuó la joven — pues soy inocente. Pero tornarme vuestra esposa, sabiendo que me odiaréis siempre... no, no... ¡Eso no!

—No se trata de vuestras preferencias. Yo os obligo a cumplir la promesa de matrimonio que me habéis hecho libremente; si no, os tendré por una mujer sin palabra y que rehusa reparar sus errores.

—¡Y bien, sea así! ¡Yo os doy esa reparación!

Arrojó estas palabras con un tono vibrante de cólera.

—Pero tened cuidado, lord Shesbury —

agregó. — ¡Yo no seré una esposa fácilmente doblada a vuestra voluntad! Recuerde usted que soy como usted; de esas que no olvidan cuando se les ha herido el fondo del corazón, como acabáis de hacerlo.

—Yo recordaré todo, no temáis.

Una llama de orgullosa irritación lució en la mirada de Walter. Pero sobre sus labios se dibujó una sonrisa en que el sarcasmo se mezcló al desdén.

—¿Se os ha también, sin duda, prevenido que yo seré un dueño inexorable? ¿Que yo considero a las mujeres como una especie de esclavas, de juguetes, de seres sin alma? ¡Esto es verdad! Ellas mismas hasta ahora se han presentado bajo ese aspecto. Pero un poco de rebeldía no será cosa que me disguste. — Y a medida que hablaba, lord Shesbury iba dulcificando su voz. — La cólera os sienta admirablemente bien, por otra parte. No os atormentéis, pues, por tratar de resistir mi voluntad cuando lo deseáis.

—¡Esto será, tal vez, con más frecuencia que lo que usted desearía! — gritó Orietta fuera de sí por este desdeñoso sarcasmo.

—Tanto como lo queráis... Todo está, pues, bien entendido; la fecha del casamiento queda fijada como antes es decir, dentro de diez días. ¿Os encontraréis en estado de aparecer esta noche en la cena?

—Tengo necesidad de un poco de reposo.

—Bien; entonces, mañana. La versión del rapto ha sido divulgada aquí. Barford no tiene ningún interés de descubrir la verdad, pues él temerá que yo le reserve aún algún peligro. Es, en efecto, únicamente a causa de usted que yo no le he entregado a la justicia por secuestro de una menor. Así, pues, desde el momento en que continuais siendo mi novia, no sentiréis ningún embarazo en volver entre mis huéspedes.

(Continuará)

Castigo del Ateísmo

El olvido de Dios y de la religión conduce al olvido de los deberes del hombre; es la experiencia de todos los siglos.

A este olvido se sigue una cadena de males.

El carácter y el amor de lo bueno que está impreso por la naturaleza en el fondo del alma, con el tiempo se desfigura y pierde su pureza, porque las afecciones desordenadas corrompen el juicio y la voluntad.

Vienen en seguida las doctrinas corruptoras para volcar, destruir y atropellar todo lo que los hombres respetan, quitando a los poderosos y ricos el solo freno de sus pasiones y a los afligidos el último consuelo en su miseria.

Los mismos que se alaban de ser los bienhechores del género humano arrancan del fondo de los corazones los remordimientos del crimen y la esperanza de la virtud.

Entonces sin Dios, sin religión, sin doctrina sana y verdadera, de cuántas dulzuras está privado el hombre, qué placer puede consolarle en sus trabajos, qué espectador animará sus buenas acciones, qué voz puede hablarle en el fondo de su alma, qué premio puede esperar por su virtud, y últimamente, de qué modo debe mirar la inevitable muerte.

Compadeced, si no tenéis de sílice el corazón, llorad, doliéndoos de las miserias humanas y temblando al considerar de cuán terrible manera se hace sentir aún en esta vida la justicia de Dios.

Si de decir la verdad, escribía San Gregorio el Grande, se sigue algún escándalo, es preferible permitir éste, antes que hacer traición a la verdad.

Cuando corre peligro la fe de los fieles, se debe tratar el error sin respeto, como él se merece; el guardar medidas con él es política humana; pero el verdadero celo pide que se llamen las cosas por su nombre y que se ponga patente el error con toda su deformidad a la vista del pueblo.

Cuando en la Cámara de Diputados de Francia, reinando Luis Felipe, discutían un

proyecto de ley cuyo objeto era suprimir toda enseñanza religiosa en los establecimientos docentes del Estado, hubo un diputado que tuvo suficiente civismo para pedir la palabra, subir a la tribuna y referir ante la Francia toda y ante el mundo entero, el hecho siguiente:

“Permitidme, respetables colegas, que, antes de la votación de la ley que discutimos, os refiera un hecho del cual yo mismo he sido testigo hace poco tiempo. Conocí un hombre, un padre de familia, noble y rico, hoy el más desgraciado de los mortales.

“Educado en la escuela de Voltaire, obstinóse en que sus hijos no recibieran la más ligera enseñanza religiosa; y tuvo el dolor de ver al mayor de ellos, después que había derrochado una fortuna, asociarse a una banda de foragidos y morir guillotinado; su hija, pasto de la maledicencia de toda una ciudad, a causa de su procaz libertinaje; y el hijo menor, transformado por los vicios en cadáver ambulante, entrar en la casa paterna, arrojar de ella a su padre, a un pobre anciano, después de maltratarle con insultos inauditos y golpearle con increíble furia. A este tal, a este desventurado padre, le he vuelto a ver, hace pocos meses, en el manicomio de Charenton, en donde en sus intervalos de lucidez, acusábase de haber asesinado a sus hijos; sus gritos y lamentos partiéronme el corazón.

“Ahora, señores, votad, si a tanto os atrevéis en pro de la proposición que se discute.

La desgracia del loco de Charenton no es más que el prelude de muchas otras, no menos grandes ni menos terribles. ¡Ténganlo en cuenta los jóvenes! ¡No lo olviden los viejos!

En el presente siglo los tribunales de Francia condenaron a la pena capital a dos niños acusados de crímenes atroces. El uno de 17 años por haber dado muerte a una hermana suya, con circunstancias tales que no le valió su edad para absolverlo. Una vez en capilla dijo a los que le rodeaban: Desde

niño no he visto en mi casa más que malos ejemplos; jamás se me dió a conocer a Dios ni se me habló de que había religión. Para completar mi educación fuí conducido a una escuela laica donde acabé de pervertirme, hasta el extremo de conducirme a este lugar. Rogad a Dios por mí.

El otro, de 18 años, dió muerte al maestro del taller donde trabajaba. Su abogado, no encontrando en qué apoyar su defensa, entre otras cosas dijo:

“¿Ha cumplido el Gobierno, ha cumplido la sociedad actual los deberes que tenía respecto de mi defendido? Lanzando a Dios de las escuelas ¿no ha lanzado al mismo tiempo toda idea de moralidad?”

“Señores, los criminales se multiplican de una manera alarmante, efecto de una educación anti-religiosa, y por lo tanto no

es a mi defendido al que debéis condenar, sino a los autores de esas leyes inicuas”.

Las mismas causas producen los mismos efectos, así en Francia como en Chile y en toda la América. El porcentaje bochornoso de nuestros insuficientes para el servicio militar, a manera de termómetro, nos indica los frutos de la enseñanza laica en nuestro país. ¿Qué podemos, qué debemos hacer contra ella? Corremos traslado a los laicistas.

Desahuciado el laicismo en la instrucción, ha llegado el momento de que todos los elementos patriotas colaboren decididamente a la obra educacional del país.

P. Joaquín Valencia
Mercedario.

Santiago de Chile. Enero de 1939.

El heroísmo de un Confesor

(GUERRA EUROPEA)

Refiere el caso una enfermera de la Cruz Roja. En una de las enfermerías del frente, echados sobre la paja estaban 150 heridos, y en un ángulo agonizaban ocho hombres.

—¿Sufrís mucho? preguntó una enfermera a un herido.

—Bastante, bastantel contestó.

—¿Me dejáis que os arregle la venda?

—Id con cuidado, porque causa la operación mucho dolor.

—Tomad una medalla y tened confianza. Ofreced a Dios lo que sufrís por Francia.

—¡Ah, el buen Dios! Sí, tiempo hace que recibía yo la comunión en las grandes solemnidades; pero hace tres años que contraí matrimonio, y después ¿qué queréis? me faltaba tiempo.

La voz del herido era extremadamente débil y su estado muy grave.

Mientras le curaba, me dijo en voz baja:

—Decidme, ¿podría venir a verme un confesor?

Al oír esto grité tan fuertemente como pude: ¿se encuentra aquí algún sacerdote?

No andaba por allí ninguno en aquel momento; más tarde los habría con toda se-

AHORRAR

es condición *sine qua non*
de una vida disciplinada.

DISCIPLINA

es la base más firme del buen éxito.

LA SECCION DE AHORROS DEL
Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)

está a la orden para cooperar
con usted en la realización de
ese sano propósito,

AHORRAR

guridad. Me aparté del herido para dedicarme al cuidado de los otros. Dios, empero, velaba por la salvación del alma de aquel hombre.

Mientras me alejaba ví que un moribundo quería hablarme y me aproximé a él. La calentura le tenía abatido por demás, pero con palabra clara me dijo:

—Señora, como sacerdote, puedo dar la absolución. Conducidme cerca de aquel herido.

Quien así me hablaba tenía partidos los riñones, y otras lesiones diversas, y el más leve movimiento debía causarle enormes sufrimientos. Al notar mis vacilaciones, me dijo con tono imperativo:

—Señora, vos que sois creyente, ¿no conocéis el precio de un alma? ¿Qué significa un cuarto de hora de vida ante la salvación de un alma?

Y realizó un supremo esfuerzo aquel dignísimo sacerdote, para ver si podía por sus propios pies acercarse a quien ansiaba salvar.

Ya no era posible la vacilación: aquella voluntad me dominaba, y lo que el buen sacerdote ordenaba, no podía dejar yo de cumplirlo.

Su cuerpo parecía dividido en dos partes; los dolores eran atroces; el sudor copiosísimo, y con mucho trabajo pude colocar al héroe junto al herido.

La confesión fue breve, las fuerzas disminuyeron rápidamente; en el momento de la absolución me indicó sin hablar que me acercara.

—Ayudadme, exclamó, a trazar el signo del perdón. Ya no puedo, no puedo!

Y tuve el honor insigne de sostener el brazo de aquel moribundo en el momento de dar la última absolución.



De Santa Teresa de Jesús

Pareceros ha, hermanas, que está dicho tanto en este camino espiritual, que no es posible quedar nada por decir. Harto desatino sería pensar esto, pues la grandeza de Dios no tiene término; tampoco lo tendrán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas? Es imposible, y así no os espantéis de lo que está dicho y se dijere, porque es una cifra de lo que hay que contar de Dios. Harta misericordia nos hace que haya comunicado estas cosas a personas que las podemos venir a saber; para que mientras más supiéremos que se comunica con las criaturas, más alabaremos su grandeza, y nos esforzaremos a no tener en poco alma con quien tanto se deleita el Señor, pues cada una de nosotras la tiene, sino que como no las preciamos como merece criatura hecha a la imagen de Dios, así no entendemos los grandes secretos que están en ella.

Pliegue a Su Majestad, si es servido, me nec la pluma, y me dé a entender como yo

os diga de lo mucho que hay que decir, y da Dios a entender a quien mete en esta morada.

Harto lo he suplicado a Su Majestad, pues sabe que mi intento es que no estén ocultas sus misericordias, para que más sea alabado y glorificado su nombre. Esperanza tengo que no por mí, sino por vosotras, hermanas, me ha de hacer esta merced, para que entendáis lo que os importa.

¡Oh gran Dios! Parece que tiembla una criatura tan miserable como yo de tratar en cosa tan ajena de lo que merezco entender. Y es verdad que he estado en gran confusión, pensando si será mejor acabar con pocas palabras esta morada, porque me parece que han de pensar que yo lo sé por experiencia, y háceme grandísima vergüenza; porque conociéndome al que soy, es terrible cosa. Por otra parte me ha parecido es tentación y flaqueza, aunque más juicios de estos echéis: sea Dios alabado, y entendido un poquito más, y gríteme todo el mun-

menos al ajeno un animalito o un juguete, es un sér humano con todos los derechos y prerrogativas de tal, y por consiguiente no tenéis el derecho de tratarlo a vuestro antojo, como a un juguete o a un animalito de vuestra propiedad sobre el que tenéis derecho de vida o muerte. Como sér humano, el niño pertenece ante todo a Dios que os lo dió, y a Dios tenéis que darle cuenta del modo como lo educáis y tratáis. Es un ser compuesto de alma y cuerpo y tanto el cuidado de su alma, como el de su cuerpo os corresponden.

Ahora bien: no porque el alma sea espíritu, es decir invisible e impalpable, no se le pueden prestar o no requiere cuidados. Por el contrario, el alma requiere cuidados especialísimos de la misma manera que los requiere el cuerpo.

El alma necesita ser cuidada como una planta muy delicada y preciosa para que se desarrolle y dé frutos de virtudes; y de la misma manera que un niño de cuerpo débil necesita reconstituyentes y tratamientos para fortalecerse y desarrollarse normalmente, así también el alma para formarse, fortalecerse y dar frutos necesita de cuidados. Y como quiera que en esa escala de valores existente en toda la creación, tienen mayor precio aquellos que están más altos, así la educación y formación del alma del niño tiene un valor más alto que la formación y desarrollo de su cuerpo. Es por esto que a

este capítulo de la educación moral debemos darle tanta importancia ya que de ella depende la vida futura de vuestro hijo y aún su felicidad terrena y hasta su misma salud.

La formación del alma del niño incumbe a los padres y especialmente a las madres, ya que esta formación se verifica en los primeros años, época de la vida que el niño pasa, o debe pasar, al lado de su madre. A la madre corresponde pues imbuir en el niño la idea de Dios y de su dependencia de El. Preguntaréis cómo puede hacerse esto cuando el niño todavía no habla ni comprende: sin embargo es muy sencillo ya que los hábitos que se adquieren en la primera infancia son los que más se arraigan. Supongo que todos tenéis en vuestra casa una imagen del Sagrado Corazón, pues bien: desde que nace ponedlo cerca de la imagen, de manera que la vea y todos los días a mañana y tarde haced sobre él la señal de la Cruz. Luego cuando ya maneje sus manitas hacédselas juntar mientras rezáis por él una breve oración. Cuando empiece a hablar enseñadle el bendito. También es muy bella y conmovedora esa costumbre de hacerle botar besos a la imagen. De esta manera, cuando el niño tenga tres años, tendrá respeto especial por PAPA LINDO y estas enseñanzas que ha absorbido se probarán para toda la vida en su alma.

“El Trabajo” de Bogotá. (Continúa)

¡Aquellos hijos de padres tolerantes!

Si el padre de familia da ejemplo de inmoralidad, por cierto que no hará del hogar un “Sanatorio” sino una escuela de corrupción. Si no hay padres que sientan “la santidad de la generación”, al decir de Ellen Key, no habrá hijos que amen, veneren y honren a sus progenitores.

El vocerío de estos “padres accidentales que se quejan de la irrespetabilidad y el desafecto de sus hijos, llena el ámbito de nuestras ciudades.

Si no hay maestros que a su turno, se sientan los insustituibles sacerdotes laicos del civismo, no

saldrán de las aulas, juveniles empenachadas de patriótico ensueños que recojan el fuego sacro de nuestros próceres. En manos de esos padres —que suelen serlo por accidente— y de esos maestros, también ocasionales, se habrá malogrado toda una generación para el país.

Si como corolario de la decadencia de la moral social, se entronizan gobernantes que no dieran fe de su palabra con su conducta, terminaría por no hacer conducta de los gobernantes.

Ni en el hogar ni en la escuela, el colegio y

DR. ERNESTO BOLAÑOS A.

Médico y Cirujano

Especialista en las enfermedades de
LA NARIZ, GARGANTA Y OIDOS

Despacho: Antigua Clínica Figueres
contiguo al Dr. Corvetti
de 10 a 12 a .m.

TELEFONO 2400

DR. FRANCISCO BOLAÑOS A.

Médico y Cirujano

**ESPECIALISTA EN
GINECOLOGIA Y OBSTETRICIA**

Oficina en el Paseo de los Estudiantes
50 vs. al Norte de la Botica Astorga

TELEFONO 4676

DR. EDWIN FISCHER R.

D. M. D.

Cirujano Dentista de la Universidad
de Harvard

Ofrece sus servicios profesionales en la
Nueva Clínica Dental del Dr. Max
Fischer

50 varas al Oeste de la Iglesia del
Carmen

TELEFONO 3105

CLINICA DENTAL

DOCTOR PERCY FISCHER

Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos
en sus servicios profesionales

Rayos X

TELEFONO 3105

50 varas al Oeste de la Iglesia del
Carmen

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

**LENTE Y ANTEOJOS DE TODOS
PRECIOS**

Frente al Gran Hotel Costa Rica

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

TIENDA DE

CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central. Esquina opuesta de
Mercado

Prepárese para el frío del verano

en esta tienda encontrará usted las
mejores y más baratas

Cobijas de Lana

GMO. NIEHAUS & C^o

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda "VICTORIA"

" de Santa Ana, Hacienda "LINDORA"

" de Santa Ana, Hacienda "ARAGON"

ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.

ALMIDON, marca "Rosales", Hacienda "PORO"

Calidades insuperables

Precios sin competencia

AL POR MAYOR - AL POR MENOR

Apartado 493 — Teléfono 2131

No olvide que es un gran privilegio contribuir para el Sagrario de Nuestro Señor. Envíenos su limosnita para el Sagrario de la Iglesia de la Agonía en Alajuela. Jesús desde ese Sagrario la bendecirá a Ud. y a sus seres queridos.

Cosas que el tuberculoso debe hacer

(Concluye)

Si la tensión arterial tomada por un médico competente ha bajado y permanece baja a pesar de tomar tónicos y reconstituyentes.

Si tiene sudores nocturnos aun durante las noches frías, y se siente muy fatigado por la mañana al levantarse, sin apetito y sin ánimo para emprender los quehaceres del día.

Si ha tenido pleuresías, gripas frecuentes, bronquitis, neumonías. Esto quiere decir que sus pulmones están expuestos a contraer esta enfermedad o ya han sido contagiados. Tema mucho cuando el médico le diga que tiene los **pulmones débiles**.

Si de tiempo en tiempo le vienen espantos con puntos rojo sanguinolentos. En tal caso tenga sumo cuidado porque está expuesto a que en cualquier momento del día o de la noche, experimente una sensación de calor, de opresión en el pecho, un acceso de tos, que son los signos precursores de la hemoptisis (vómito de sangre roja de origen pulmonar) que puede acabar con su vida en cortos momentos.

Oiga nuestros consejos humanitarios, desinteresados. Consulte al especialista, sea en el Dispensario Antituberculoso o donde prefiera usted, pero consúltelo a tiempo. Hágalo por su mismo bien y el de los suyos.

Felizmente la tuberculosis es perfectamente evitable. Bien pensadas las cosas, ¿no es relativamente fácil seguir las indicaciones que acaba de leer usted? Pues manos a la obra. Póngalas en práctica y evi-

tará verdaderas catástrofes. Un simple dolor en la espalda o en el pecho persistente como de presión y ardorcito profundo que desaparece con el reposo y reaparece con el ejercicio y el trabajo, **siempre en el mismo lugar**, puede y debe llevarlo a consultar a un médico de su confianza, pero idóneo. Este paso será su salvación. Lea con frecuencia estas líneas y medítelas. Si no las comprende en parte, vaya al Dispensario, en donde se le explicará todo, y principalmente se le examinará en oportunidad. No será tiempo perdido el que emplee en esta consulta.

La tuberculosis es curable y muy curable, con la condición de consultar, antes de que sea tarde, a quien sepa de estas cosas; siempre que el paciente se aplique el tratamiento con energía y constancia.

Prueba evidente de la curabilidad de la tuberculosis es el hecho de que con bastante frecuencia, al examinar concienzudamente el médico a **personas** que quizá nunca se habían dado cuenta de novedades del pulmón, se encuentran **rastros** innegables de infecciones tuberculosas que fueron vencidas por el organismo sin necesidad de medicamentos. Esto no es raro. Pero desgraciadamente hay muchísimos casos en que las cosas pasan de otro modo, y el organismo en vez de vencer a la enfermedad es vencido por ella, y se tiene así al tísico amarillento, pálido, que tose mucho y va perdiendo fuerzas a pasos agigantados. Si usted sigue nuestros consejos, evitará llegar a encontrarse en tan triste situación. Consultar a tiempo es obra de caridad para consigo mismo y para con sus semejantes.